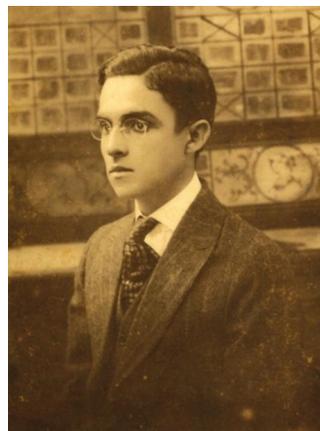


Antonio S. Pedreira. La obra de este hombre de letras sólo tiene par en la de Alejandro Tapia y Rivera en el siglo XIX. Su poesía, menos conocida, quedó sin publicar hasta 2015, bajo el título *Los silencios de oro y otras poesías*, San Juan, Editorial Tiempo Nuevo. Para mayor información sobre el poeta y su obra, puede consultarse la introducción de esa edición. Para su faceta jocosa, utilizó el pseudónimo Asur Bani Pal. Sin embargo, dentro de su corpus poético, sobresalen los poemas siguientes, vinculados al lenguaje de la modalidad modernista que todavía campeaba entre los escritores puertorriqueños en la tercera década del siglo XX.



En el crepúsculo

Ella, hermosa, se alentaba en mis amores,
como un sueño purpurino de una noche sin fulgores;
y yo, absorto contemplaba su hermosura angelical,
como el cielo soñoliento de una tarde tropical.
Cae la tarde. La floresta se envuelve en soledades,
el crepúsculo reparte sus diversas claridades,
y escuchamos el sonido involuntario
como el ritmo de campana de un lejano campanario.
De los montes abismales, cuando apenas se columbra
del picacho la alta cumbre que se pierde en la penumbra,
cuando ya no distinguimos el color azul del cielo
ni las plantas delicadas que nos cubren nuestro suelo;⁶
cuando ya sus manos albas se confunden con las mías
y las sutiles miradas se encaminan sin sus guías,
de Artemisa el astro hermoso, se levanta en lontananza
y nos muestra en sus fulgores el olor de una esperanza.
Ella hablaba, yo escuchaba en su hombro cabiz-bajo:

⁶ Aquí el texto lleva un punto y coma; sin embargo, el verso próximo comienza con mayúscula. Optamos por colocar minúscula, por el sentido de continuidad de la oración.

y me hablaba de un enlace, de una casa, de un trabajo.
Y muy cerca, en el oído otras mil frivolidades
me decía, con acentos inmutables de verdades.
De sus frases, ya mentiras, ya verdades, sólo oía
las profundas; las ficticias de su rica fantasía
las dejaba que volasen, lentamente, muy despacio,
cual un cántico de aves que se pierde en el espacio.
Ya era tarde. Los dos juntos hacia el pueblo retornamos
y las zarzas del camino con jazmines lo marcamos,
con jazmines perfumados, con jazmines deshojados,
deshojados por los labios, de su aliento perfumado.
Ella, hermosa, fascinante, se alentaba en mis amores,
como un sueño purpurino de una noche sin fulgores;
y yo, absorto contemplaba su hermosura angelical
como el cielo soñoliento de una tarde tropical.⁷

A.S.P. 1915

Hipocrene

Para Conchita de Goenaga

Parloteaba la fuente en la tarde hiperbórea
Con su voz plañidera, sus anhelos de vida,
Y en el fondo ahuecado de la taza marmórea
Se apiñaban los peces, con la escama encendida.

Palmoteaban los chorros en la piel de las ninfas
Que enterraban sus cuerpos en la gran flor de agua,
Y eran hachas de nieve navegando en las linfas
Y los peces forjados a martillo y a fragua.

Hervían los reflejos en el marco de espumas,

⁷ Antonio S. Pedreira, «En el Crepúsculo», *El Radical*, año I, número 2, 10 de julio de 1915; p. 9.